

EL "RETORNO" EN LA NOVELÍSTICA ESPAÑOLA DESDE 1939

MARYSE BERTRAND DE MUÑOZ

Los historiadores y demógrafos serios cifran en medio millón, más o menos, el número de españoles que huyeron de España al terminar la guerra civil de 1936-1939. Esta emigración forzada y masiva no era un caso nuevo en la historia española, pues desde que España se constituyó como Estado prácticamente se puede afirmar que no ha dejado de arrojar a hijos suyos fuera de las fronteras, sea por motivos religiosos, políticos o económicos. Sin embargo, si los desterrados españoles han formado legiones desde el siglo xvi, la emigración de la última contienda fratricida es única en lo que se refiere no sólo a la cantidad, sino también a la variedad de grupos sociales y a los límites geográficos. En efecto, los exiliados políticos anteriores pertenecían casi únicamente a la clase alta o media, mientras que en 1939 salieron también millares y millares de obreros. Por otra parte, los emigrados no solían rebasar el oeste de Europa, pero en 1940 se encontraban españoles exiliados desde la U.R.S.S. hasta Chile y desde el norte de África hasta Inglaterra. Vicente Lloréns, especialista conocidísimo del tema del exilio español, asegura por otra parte que "por su valor cultural la emigración republicana es también superior a cualquiera de las precedentes, sin excluir a los jesuitas expulsos en el siglo xvii, aun siendo ésta una emigración formada casi enteramente por literatos y hombres de estudio."¹ Por lo tanto, al terminar el conflicto de 1936-1939, la teoría de las dos Españas era casi una realidad física y como dijera Machado en un poema célebre de *Campos de Castilla*, una de las dos Españas helaba el corazón de los españoles.²

La suerte de los españoles repartidos por el mundo después de 1939 ha sido muy diferente según cada individuo. Todos conocen los horrores sufridos por los que fueron internados en los campos del sur de Francia y del norte de África. Ya se va descubriendo la importancia que tuvieron muchos españoles en la Resistencia francesa. La acogida de que fueron objeto los exiliados fue muy distinta según los países y según las personas: Francia y México recibieron a grupos grandísimos de españoles que tenían allí acceso colectivo mientras que Inglaterra, Venezuela, Argentina, etc. admitían sólo a título personal; pero aun cuando los gobiernos, como el de México, abrían grandes las puertas a los republicanos españoles, las dificultades de los contactos personales no desaparecían por tanto.

Los problemas surgían por una parte por el recelo de los huéspedes y por otra por la propia condición y manera de ser de los emigrados: los primeros veían a menudo a los españoles como a intrusos y los segundos se encerraban en su propia condición de refugiados políticos, vivían con sus compatriotas y se mostraban reacios a la integración. Como Unamuno cuando fue desterrado por Primo de Rivera, y tantos otros españoles en los siglos pasados y en éste, los expatriados se sentían desgarrados, brutalmente arrancados de sus raíces.

La melancolía, la nostalgia se adueñaron pronto de estos hombres desparramados por doquier, pues el exilio se prolongó mucho más de lo que pensaban en un principio; la mayoría de ellos creía que la estancia fuera del país iba a durar unos meses, a lo sumo unos años y tenían la ilusión de estar de paso en suelo extraño. Pero para muchos la separación duró más de tres décadas y la desesperación se apoderaba de ellos. Escuchemos a Juan Ramón Jiménez en "El español perdido":

¡Y qué extraño renovar mi español con lo extranjero, ser ya extranjero definitivo, no ser de ningún otro país ni nunca ya español! . . . ¿Muerto hoy para mí el español de España, muerto el otro español desterrado; muerto mi español?³

Claudio Sánchez-Albornoz expresa la misma angustia al recordar su tierra natal: "De Avila vengo y a ella iré un día, vivo o muerto, porque quiero dormir el sueño último junto a una vieja encina, bajo el alto cielo de Castilla."⁴

Esta *necesidad*⁵ de volver a España, esta *hambre*⁶ de España como la llamara Pedro Salinas, se ha hecho sentir en la mayoría de los exiliados pues, salvo raras excepciones, los españoles sienten un apego fortísimo a su terruño, al rincón del mundo que les ha visto nacer. Esta expatriación obligada crea un desgarramiento interior que se refleja en los escritos de todos los emigrados y particularmente en los poetas y novelistas. Muchas veces, entre estos últimos, los títulos son altamente reveladores del contenido de sus obras; valgan de ejemplos: *Tal vez mañana*⁷ de Virgilio Botella-Pastor, *Gente sin suelo*⁸ de Clemente Cimorra, *Sobre tierra prestada*⁹ y *Ese tiempo amargo*¹⁰ de Pablo de la Fuente y *Duelo por la tierra perdida*¹¹ de José Blanco Amor. En esta novela encontramos las frases que sintetizan el sentir de tantísimos españoles en el mundo desde 1939, de los que comen el pan duro del exilio:

Somos los desengaños de todas las ideas, los proscriptos de todas las teorías. . . .Somos la resaca de la historia . . . los vomitados. No tenemos familia, ni patria, ni Dios. Todo fue una trágica farsa. Veinte años después tenemos que confesar nuestro infinito desamparo. ¡No tenemos país! (p. 35)

En unas cuantas obras de novelistas desterrados, el protagonista decide acabar con su situación de ser desarraigado y vuelve a España. Este tema del retorno sin embargo no se encuentra únicamente entre los exiliados sino también en varios novelistas de la España manente.

Las primeras obras en las cuales vemos volver al protagonista se publicaron en la década del cincuenta y es muy interesante ver la manera de enfocar el tema que adoptan los autores. Antes de estas fechas, en 1949 exactamente, Francisco Ayala había incluido una novela corta, "El regreso," en su libro de cuentos *La cabeza del cordero*,¹² pero aparte de que su narración fuera una novedad como tema, no

aporta nada diferente de las novelas largas que vienen después. Podríamos dividir a los novelistas de los años cincuenta en cuatro grupos según su visión de la realidad española. Cronológicamente los primeros son cuatro residentes en España: Manuel Pombo Angulo, Concha Castroviejo, Darío Fernández Flórez y José-Antonio Giménez Arnau. En sus novelas, *Sin patria*,¹³ *Los que se fueron*,¹⁴ *Frontera*¹⁵ y *La tierra prometida*¹⁶ los personajes principales regresan a España pero no conocemos su suerte en los dos primeros libros y en los otros dos el exiliado muere de muerte natural al llegar a España. De ello se desprende que estos novelistas no se atrevían a describir la reacción del exiliado ni la de sus compatriotas de España. Otra escritora de la España manente, Mercedes Fórmica, nos presenta, en *La ciudad perdida*,¹⁷ a un hombre que tuvo que abandonar Madrid doce años antes y que vuelve a ella como guerrillero; la policía le persigue pero no lo mata; es la joven María a la cual ha enamorado en el Retiro que le disparará, pues al verse cercado él se quería suicidar. Aquí tampoco por lo tanto se critica el sistema político español ya que la policía no hace nada sino cumplir con su deber y no tira ni siquiera una bala. En 1955, Tomás Borrás, falangista de la primera hora, publicaba *La sangre de las almas*¹⁸ en la cual proponía una solución propia de un hombre favorable al régimen franquista: el joven Esteban ha sido mandado a Rusia cuando era niño y vuelve a España para propagar el comunismo; pero pierde poco a poco su entusiasmo por la doctrina de Marx y se deja ganar por la bondad de la gente de su pueblo y de sus familiares. Frente a este nacionalista acérrimo tenemos a los republicanos no menos convencidos Arturo Barea, Julián Gorkín y Conrado Lizcano. Estos escritores no habían pisado España desde la guerra pero estaban seguros de que en ella no se podía vivir y entonces sus personajes no constatan más que horrores en su propio país. En *La raíz rota*¹⁹ de Barea un camarero vuelve de Inglaterra para tratar de reintegrarse en su familia pero fracasa y rompe definitivamente sus raíces, optando por afincarse para siempre en Londres. *La muerte en las manos*²⁰ de Gorkín nos describe una España aun más desastrosa que la de Barea, pues para él el cainismo sigue igual que durante la guerra: "La tierra española convertida en una inmensa tumba. ¡Y la muerte siempre en las manos! Siguen llevándola ellos en las suyas contra ellos" (p. 135). La misma ideología comparte Conrado Lizcano en *En medio de los escombros*²¹ publicada en 1960; en él encontramos el único caso en la novelística de esos años de militante que regresa a su patria para organizar de nuevo la lucha; habría que enlazar esta obra con *La ciudad perdida* de Mercedes Fórmica mencionada hace poco. En su pueblo colabora con los anarquistas y la C.N.T. y padece toda clase de persecuciones hasta que tiene que marcharse a Barcelona, lo que equivale para él a un segundo exilio "más doloroso quizá que el de 1939 . . . porque ahora es provocado nada más que por la sombra, por el reflejo pérfido de un enemigo todopoderoso que aún dará mucho que hacer" (p. 151).

De las cuatro posturas adoptadas por los escritores en la década del medio siglo se mantendrán dos en la década si-

guiente: (a) la de no emitir juicios sobre España, cerrando el libro con la decisión de los personajes de retornar a la patria, como en los primeros libros vistos, (b) la de dar opiniones muy negativas, describiendo la vida prácticamente imposible para el que regresa, como en las últimas novelas citadas.

Por primera vez aparece la palabra "retorno" como título de novela larga en 1967; se trata de una obra de la exiliada María Dolores Boixados.²² En ella vemos a una expatriada en Estados Unidos tan atormentada por el dolor de la lejanía que se forja en la imaginación un pueblo ideal en el Pirineo y este pueblo llega a tener más importancia para ella que la vida real. Aquí se realiza plenamente la reflexión de José Luis Aranguren cuando dice que el exiliado acaba "No viviendo ni aquí ni allí. Fuera de la realidad, en la irrealidad de la nostalgia."²³ La protagonista de *Retorno* acaba por afirmar: "El pueblo y América son uno solo y están juntos ambos en mí" (p. 381); por lo tanto no vuelve materialmente, sólo su fantasía le hace creer que vive en su patria. En *La misión*²⁴ de José Blanco Amor, un matrimonio toma el avión hacia Madrid para reanudar su vida normal; la esposa aseguraba poco antes: "Tengo sed de España. Si no volvemos pronto estoy segura que me enfermaré. Ya estoy enferma de saudade." Y continúa el autor: "No era nostalgia, era saudade; un vacío interior y la muerte de todas las ilusiones . . . No quería seguir viviendo como enajenada, al margen de los que ella más quería" (pp. 191-2). También en *Los brazos del pulpo*,²⁵ publicada en España por Andreo Lorenzo, sentimos el mismo sufrimiento por parte de Juan Crespo que escribe su autobiografía en el barco que le lleva a su tierra desde América del Sur; se define como un hombre a la deriva desde 1939: "Había perdido mi brújula, mi guerra, mi patria" (p. 11). En estas dos obras como tampoco en *Cualquiera que os dé muerte*²⁶ de Cecilia Guíllarte no vemos a los personajes en España.

En cinco novelas publicadas entre 1965 y 1971 se plantea directamente el caso de exiliados que regresan a su país dispuestos a vivir pacíficamente en él, ansiosos de volver a encontrar su verdadero ser; dos de estas obras son de exiliados y tres de escritores residentes en España.

*La tierra prometida*²⁷ del desterrado Ernesto Contreras y *Estos son tus hermanos*²⁸ del peninsular Daniel Sueiro, que tuvo que publicar su obra en México por razones de censura, nos presentan dos casos similares: dos hombres llegan a su pueblo después de varios lustros para echar nuevamente raíces pero no lo logran y no por culpa de ellos sino de los que los rodean. En efecto los dos protagonistas no tienen la menor intención de vengarse de lo que pasara años atrás ni de reivindicar nada, pero varios conocidos y familiares manifiestan recelo, egoísmo, maldad, hipocresía, espíritu de revancha, mala fe y cainismo. Concluye con razón Antonio Medina de *Estos son tus hermanos*: "No se merecen ni mi regreso" (p. 365), y los dos personajes se marchan de su lugar natal al final de las obras.

Gabriel G. Badell en *De Las Armas a Montemolín*²⁹ hace deambular por Zaragoza a un vencido que regresa y juzga fríamente a la gente de la ciudad. Se da cuenta que la mayoría vive en medio de la inmoralidad pero a la vez con

prejuicios seculares; decide entonces aprovecharse de las circunstancias y se hace cada vez más cínico: abre una casa de prostitución a donde acuden los mismos que dan constantemente lecciones de moral. Evidentemente su actitud le atrae el furor de las autoridades y al final se ve obligado a abandonar Zaragoza con dos guardias que le hacen firmar un escrito asegurando que no volverá.

En *Un puño llama a la puerta*³⁰ de Cristóbal Zaragoza se trata de un hombre mayor, abuelo ya, Luis Valls, que acude a Barcelona desde Perpiñán donde vivía exiliado. Durante tres meses en 1968 convive con su familia, su mujer, sus hijos casados y nietos. Pero las sospechas de todos, la denuncia de su propia mujer, el ambiente de lucha constante deciden al abuelo a irse de nuevo a su patria de adopción. Había llamado a la puerta de los suyos, de sus familiares, de sus compatriotas y no le han recibido con el cariño que esperaba; como su hijo que fue exiliado también podría decir: "Creo que estoy llamando a una puerta cerrada y que, por mucho que la golpee, no consigo que me oiga nadie . . ." (p. 77).

El último libro es de un exiliado, Pablo de la Fuente; tiene por título *El retorno*³¹ y al contrario de *Retorno* de María Dolores Boixados, el protagonista vuelve a Madrid, pero no sabe de antemano si se quedará. Quiere probar primero y luego decidirá; se pasea muy indeciso, busca a antiguos amigos del tiempo de la guerra, a veces se siente muy sereno, otras se desespera, medita sobre su situación y la de España y discute con un amigo pintor: "Hemos sido arrancados de nuestra vida por la violencia, y después no hemos vuelto a hallar sosiego" (p. 197). Trata de incrustar el pasado en el presente y constata aterrado que desde los veinte años hasta los cincuenta su vida es un enorme vacío. Después de muchas vacilaciones, oposiciones, sufrimientos logra calmar sus ansias y por fin pasearse por Madrid con la sensación de pertenecer a la ciudad; se integra finalmente en su país creyendo que lo único que puede hacer por España es estar allí.

Hasta esta obra fechada de 1969 la afirmación de José Luis Ponce de León, en su conocido libro *La novela española de la guerra civil*, era cierta:

La novela del regreso es una novela de tonos negativos, en que la esperanza pertenece a los que han crecido después de la guerra. Para los que la perdieron, perdiendo con ella la visión de los paisajes de su infancia, el camino del éxodo que los novelistas les han dado no tiene ruta de regreso . . . De momento, en la literatura del exilio, el destierro se ha convertido en un castillo de irás y no volverás.³²

Pero ya la novela de Pablo de la Fuente contradice el veredicto de Ponce de León sin llegar sin embargo al deseo de éste que "Quizá en el futuro surja la novela del retorno creativo" (p. 166). En Pablo de la Fuente el protagonista no hace más que *estar allí*³³ con la esperanza que se arreglará el porvenir español pero no colabora ni piensa hacerlo por el momento.

Analícemos ahora las razones profundas de los cuatro hechos fundamentales que se pueden desprender de nuestra rápida ojeada a algunas novelas del exilio y del retorno: estos hechos son la nostalgia de España, la dificultad o

imposibilidad de adaptación en otro país, el ansiado retorno y los problemas casi insolubles de reintegración en la patria.

Ya hemos citado a Unamuno y habría que insistir en que encontramos en la mayoría de los personajes estudiados una actitud unamuniana: viven desviándose, están angustiados por un "querer" ser y hacer y un "tener que" ser y hacer de forma diferente; quieren regresar y no pueden hacerlo por razones políticas o a veces por motivos de ética personal, están poseídos por un sentimiento trágico de escisión entre el presente y el pasado y el futuro, pues el presente no representa más que una transición. Esta "disociación," como la llamara Unamuno, viene a añadirse a las otras disociaciones reconocidas por el eminente pensador en su ensayo *En torno al casticismo*.³⁴ El desterrado experimenta en su ser una ruptura aun mayor que los españoles que viven en su país, pues no "vive" ni en su patria ni en otra: es por excelencia un ser descentrado que mira constantemente hacia España que le rechaza, que desea con todo su corazón estar allí pero que la razón impide volver. Rafael Alberti en su poema "Canción del poeta que no quiere desesperarse" refleja magníficamente este sentimiento:

Tú desesperas, te callas
hasta morirte. Y te irías.
. . . Pero no te quieres ir.
¿Y adónde ir?³⁵

El exiliado que en 1939 o 1940 parte hacia Francia, Inglaterra, México, Chile o Argentina siente profundamente el fracaso de sus ideales y llega a su destino vencido por completo. Su estado de ánimo difiere mucho del conquistador o del que se marcha por su propia voluntad. Abomina a los que han causado su derrota, al régimen imperante en el país que dejó atrás pero no a los parientes, a los amigos, la casa, la ciudad natal, sus calles habituales; esto pronto le va haciendo más falta que el pan que le sustenta. ¿No decía hace veinte siglos otro español desterrado, Séneca, "¿Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!?" Ya parece una constante del carácter español más que de cualquier otro el añorar la patria cuando se aleja.

Gregorio Marañón en *Españoles fuera de España* escribe:

La vida en España es, en general, grata. Aun cuando falta la abundancia, la olvida el español gracias a su sobriedad . . . En la península nuestra hay algo que nos tiene en permanente vilo, algo que bordea, cada día, el drama, sin dejar de ser inefable, como un permanente auto sacramental. Como ha dicho Vossler, "no se sabe qué cosa especial debe encerrar el cielo implacable y sin nubes de España, ya yermo, ya exuberante, que se impone a nuestro espíritu y lo arrastra al abandono o a la embriaguez de los sentidos y, a veces, a la consideración de lo eterno." Esto, que es verdad, esta embriaguez y esta tendencia mística, basta para que el español se sienta atado a su tierra y no apetezca el dejarla.³⁶

El Cid, los árabes y judíos, el duque de Rivas, Unamuno para no citar más que a algunos, nos han dejado la expresión de su dolor en las amargas horas del destierro.

Vicente Lloréns, ya mencionado, escribía en 1948:

La vida del desterrado apenas merece tal nombre. Rota, frustrada, vacía, fantasmal, está en realidad más cerca

de la muerte que de la vida. Por carecer de futuro, el exiliado *padece de una especie de mutilación irremediable* y a veces se ve privado también de su pasado y entonces se ve *paralizado del todo*.³⁷

Su morriña es cuanto más profunda que por lo general no logra arraigarse en otra tierra y esto en parte se debe a su fuerte individualismo. Unamuno y Menéndez Pidal han insistido en esta característica del español pero es, creemos, Américo Castro que lo ha explicado mejor en *La realidad histórica de España*:

Tratándose de los españoles se piensa más bien en su insumisión rebelde a cualquier norma, sin intento de hacer prevalecer una norma distinta; es decir se piensa en un separatismo de la persona . . . Sería más correcto hablar de apartado retraimiento y de escaso interés por el mundo en torno, bien reflejados en la escasa participación de los hispanos en la exploración de las culturas de otros pueblos, incluso de aquéllos dominados antaño por España y Portugal.³⁸

Esta manera de ser, a la cual se añade la certidumbre del final cercano del exilio a pesar de los años y lustros que pasan y, por ende, la seguridad que no vale la pena esforzarse en adaptarse a una nueva realidad, no facilitan la integración en un país ajeno. Por otra parte la creencia frecuente del español en su valor personal molesta a menudo a los que le acogen y crea distanciamiento. Escuchemos de nuevo a Américo Castro: "El español ha conservado a veces maneras íntimas y exteriores propias del tiempo en que se sentía miembro de una casta imperial, consciente de su innato mérito y de la virtud operante de su mera presencia" (p. 254).

A fuerza de imaginar su retorno, el desterrado a veces ni sabe distinguir entre sueño y realidad. Mil veces vive la vuelta a su ciudad, a su pueblo, sus pisadas por las calles, el abrazo con los seres queridos. El exiliado

peregrina sin más objeto que recobrar la patria perdida, cuya imagen le acompaña como una obsesión. Lanzado al vacío, la tierra que quedó a su espalda es la única que lleva delante de sí por donde quiera que vaya. Sus ojos no ven lo que miran, sino lo que llevan dentro.³⁹

El retorno no viene a premiar todas las esperanzas; muchísimos exiliados encuentran la muerte lejos de la patria. Recordemos que la prescripción de los delitos de guerra data de 1969, o sea exactamente treinta años después de la guerra, y que aun entonces muchos corrían todavía peligro de represalias. Para los que vuelven efectivamente, a menudo el regreso no viene a representar más que un inmenso desengaño. Ya en el siglo XIX el liberal Antonio Alcalá Galiano escribía al duque de Rivas:

Si la vista giro
¡mísero! a cualquier lado,
en la patria que amé solo me miro
de nuevo desterrado
sí, alrededor de mí todo trocado,
hallo madrastra dura
la que madre dejé . . .⁴⁰

El que se fue idealiza cada vez más lo que atrás dejara y se imagina que todo quedó como era al marchar. El choque con la realidad es la mayoría de las veces brutal; las cosas

por lo general no han cambiado demasiado, se respira el mismo aire que antaño y el cielo sigue tan azul, las calles son más o menos iguales, etc., pero ha cambiado el ambiente, las personas; cuando siguen en el mismo lugar, han evolucionado y el que vuelve ya no es el mismo: el desfase es tan grande que el reencuentro frecuentemente no se hace.

Otro factor que entorpece la reintegración del exiliado de la guerra civil es que, como se ha podido constatar en dos novelas por lo menos, *La tierra prometida* de Contreras y *Estos son tus hermanos* de Daniel Sueiro, los rencores de treinta años atrás a menudo no se han apagado. La España que espera al hijo descarriado es frecuentemente la que Antonio Machado describiera en 1913 en "El mañana efímero":

Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora
España de la rabia y de la idea.⁴¹

Y aquí venimos a dar en otro vicio del español según varios pensadores y particularmente Unamuno y Menéndez Pidal, "la envidia." "El fuerte individualismo y el débil sentido de la colectividad," escribe este último, "hacen que la envidia desborde en España."⁴² El español que se ha quedado cree que la posición del desterrado fue muy fácil, que se marchó y lo pasó bien mientras que él ha tenido que aguantar el fardo de la posguerra; para él, el exiliado vuelve con aire arrogante a ocupar su puesto de nuevo y él no está dispuesto a tolerarlo. La rivalidad nace en seguida y obliga casi siempre al que regresa a salir a un nuevo destierro. La dicotomía continúa y, como Larra en el "Día de Difuntos de 1836," el observador podría poner un terrible letrero en el camino del que vuelve: "Aquí yace media España, murió de la otra media."⁴³

El exiliado en suma viene a ser un hombre sin suelo desde el momento en que sale de su país; su expatriación prácticamente no tiene remedio; es y será un inadaptado donde quiera que vaya; no se siente a gusto ni puede echar raíces ya en ningún sitio. Al final de su reciente ensayo sobre la emigración de la guerra civil, Javier Rubio escribe:

Ni fuera, en la tierra de asilo, ni dentro, en la que le vio nacer, el exiliado ha encontrado su patria, la patria que él anhelaba. Es la última, amarga, trágica ironía del emigrado político que por amor a su patria se ausenta de ella y que con la ausencia la pierde definitivamente. El glorioso emigrado político de los primeros tiempos se ha convertido, con el paso de los años, en un triste "despartriado."⁴⁴

Quizá la conclusión más adecuada a nuestro estudio sea la de Gregorio Marañón en *Españoles fuera de España* cuando recuerda a Séneca y su carta a su madre durante su exilio en Córcega: "El exiliado sufre pensando en los que se quedaron y en los que se volvieron; pero ¿sabemos si ellos están tan seguros de no estar, más que nosotros, exiliados? La vida es un destierro universal" (p. 13).

Université de Montréal

- ¹ "Entre España y América. La emigración republicana de 1939," México, *Mundo Nuevo*, 12, junio 1967, p. 61.
- ² *Poesías completas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1971), Colección Austral, p. 163.
- ³ Véase *Insula*, 19.
- ⁴ *De Carlomagno a Roosevelt* (Buenos Aires: Emecé, 1943), p. 190.
- ⁵ *Subrayado nuestro*.
- ⁶ Véase Dámaso Alonso, "España en las cartas de Pedro Salinas," *Insula*, 74.
- ⁷ París: Imprimerie des Gondoles, 1965.
- ⁸ Buenos Aires: Editorial Naval, 1940.
- ⁹ Santiago de Chile: Ed. Nuestro Tiempo, 1944.
- ¹⁰ Santiago de Chile: Ed. Renacimiento, 1953.
- ¹¹ Buenos Aires: Losada, 1959.
- ¹² Buenos Aires: Losada, pp. 91 a 146.
- ¹³ Madrid: Editorial Plenitud, 1950.
- ¹⁴ Barcelona: Planeta, 1957.
- ¹⁵ Barcelona: Destino, 1953.
- ¹⁶ Barcelona: Destino, 1958.
- ¹⁷ Barcelona: Luis de Caralt, 1951.
- ¹⁸ Madrid: Editora Nacional.
- ¹⁹ Buenos Aires: Santiago Rueda Editor, 1955.
- ²⁰ México: Libro Mex, 1956.
- ²¹ Buenos Aires: Americalee, 1960.
- ²² México: Editorial España Errante, 1967.
- ²³ "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración," *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38 (feb. 1953), p. 140.

- ²⁴ Buenos Aires: Editorial y Librería Goncourt, 1966.
- ²⁵ Madrid: Organización Sala Editorial, 1972.
- ²⁶ Barcelona: Editorial Linosa, 1969.
- ²⁷ Montevideo: Editorial Alfa, 1967.
- ²⁸ México: Ediciones Era, 1965.
- ²⁹ Barcelona: Destino, 1971.
- ³⁰ Barcelona: Ediciones 29, 1970.
- ³¹ México: Joaquín Mortiz, 1969.
- ³² Madrid: Insula, 1971, p. 166.
- ³³ *Subrayado nuestro*.
- ³⁴ Madrid: Espasa-Calpe, 1964, Colección Austral, pp. 72 y ss.
- ³⁵ *Romancero de la Résistance espagnole* (París: Maspero, 1962), p. 242.
- ³⁶ Madrid: Espasa-Calpe, 1957, Colección Austral, pp. 18-9.
- ³⁷ *Literatura, historia, política* (Madrid: Revista de Occidente, 1967), pp. 9-10.
- ³⁸ *La realidad histórica de España*, 2a. ed. (México: Porrúa, 1965), p. 252.
- ³⁹ *Literatura, historia, política*, p. 23.
- ⁴⁰ Duque de Rivas, *Obras completas*, I (Madrid: Escritores Castellanos); véase *Literatura, historia, política*, p. 25.
- ⁴¹ *Poesías completas*, p. 153.
- ⁴² *Los españoles en la historia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1959), Colección Austral, p. 72.
- ⁴³ *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1968), p. 1237.
- ⁴⁴ *La emigración de la guerra civil de 1936-1939* (Madrid: Editorial San Martín, 1977), pp. 783-4.